

poderosos revulsivos; el médico hizo en el cuarto día el último esfuerzo, tan inútil como los demás, y al quinto, encogiéndose de hombros, declaró que estaba muerto. Al conducirlo á la iglesia, donde debía estar depositado veinticuatro horas, los que lo llevaban sintieron que el ataúd se estremecía; levantaron la tapa que cubría el cadáver, y el muerto se sentó en la caja.

Después de este suceso extraordinario, que aterró al pueblo, sobrevino una enfermedad larga y una convalecencia interminable, durante las que no se le oyó pronunciar ni una sola palabra.

Después, conservando siempre su tenebroso silencio, comenzó á sentir una inquietud irresistible que lo empujaba fuera de la casa, y dió principio á sus excursiones solitarias, perdiéndose días enteros en las soledades del campo ó en las asperezas de la sierra. Apenas come, apenas duerme: parece insensible á todo lo que le rodea: no hace más que andar, andar, andar, como el judío errante. Se irrita si Gil intenta seguirlo, y sólo César lo acompaña.

## CAPÍTULO XXIV.

### No hay esperanza.

He ahí, en la mejor forma que me ha sido posible, el relato fiel de la triste historia que me refirió el capellán del cementerio. Durante el resto de mi viaje no pude apartar de mi imaginación los incidentes y los personajes de esta narración verídica; y desconfiando de la fidelidad de mi memoria, me apresuré á escribirla antes que se disiparan mis recuerdos.

Aún no había trascurrido un año, cuando tuve que hacer un nuevo viaje y pasar por el mismo pueblo. Desde luego concebí el propósito de hacerle una visita al capellán del cementerio: su bondad merecía esta atención de mi parte, y, además, sentía hacia el humilde sacerdote una veneración cariñosa, porque encontraba en sus palabras la sencillez de la verdad y la luz tranquila de la fe, de la esperanza y de la caridad. No sé si es un gran teólogo; pero aseguro que posee, como pocos, las virtudes teologales. En una palabra: hay en su corazón algo que atrae al mío.

Traqueteado por los rudos sacudimientos del co-

che, y oprimido por la presión inevitable de mis compañeros de viaje, llegué al fin al pueblo.

Necesité hacer un grande esfuerzo para desentarme de mi asiento: me apeé de un salto, y, sacudiendo el polvo que cubría mi sombrero, me dirigí á la plaza. Allí pregunté dónde podría encontrar al capellán del cementerio, y un muchacho, que se entretenía en tizar con carbón el muro de la iglesia, me aseguró que estaba en el pueblo, y se ofreció á dirigirme personalmente á la casa en que se encontraba.

Crucé algunas calles siguiendo á mi guía, que marchaba con cierta arrogancia, apedreando con bastante soltura á cuantos perros encontraba al paso. De repente se detuvo, y lanzando al aire un guijarro que silbó por encima de mi sombrero, se rascó la cabeza con las dos manos, y me dijo:

—Aquí es.

—¡Aquí!....—exclamé yo.

—Aquí no vive (replicó el muchacho, riéndose de mi duda); pero aquí está.

Me detuve, pensando si sería indiscreto distrayéndolo en alguna ocupación urgente, y mi guía, creyendo que aún dudaba de su palabra, añadió con semblante ofendido:

—Aquí lo encontrará V., sí, señor, porque el *muerto* está muy malo.

Estas palabras trajeron á mi memoria el primer capítulo de esta historia, que ya estaba escrito, y entonces reparé y advertí que me hallaba delante del anchuroso portalón de la casa solariega del comandante; y, sin más dudas, puse en mano de mi guía la correspondiente propina, y entré en la casa.

Llegué hasta el pie de la escalera, y me detuve, esperando encontrar alguna persona que anunciara

mi visita al capellán del cementerio; pero nadie asomó por la escalera, á pesar de la ruidosa tos con que intenté advertir mi presencia. Reinaba en la casa un silencio sombrío, y tuve tentaciones de creer que mi travieso guía me había engañado. No obstante, comencé á subir lentamente, haciendo sonar los tacones de mis botas sobre los duros escalones. Esta precaución fué tan inútil como la primera, porque nadie salió á recibirme. Llegué al término de mi ascensión, y me hallé con una puerta de par en par abierta, cuyo mueblaje me advirtió inmediatamente que aquella pieza era el comedor que ya conocemos. Volví á toser con todas mis fuerzas, y esperé. Me pareció sentir algo á mi espalda, y volví la cabeza, y me encontré con un hombre que en el extremo del pasillo, y cruzado de brazos, me miraba atentamente. Por ciertos accidentes militares de su vestido, y por el aplomo de su continente, sospeché que era Gil el hombre que tan atentamente me miraba, y sin más averiguaciones, le pregunté por el capellán del cementerio.

Al oír mi pregunta se encogió de hombros, se rascó la frente, y primero de una y después de otra, se tiró de ambas orejas.

—Será (me dijo) el P. Antonio.

—Sí,—le contesté; porque el lector habrá adivinado que el capellán del cementerio y el P. Antonio son una misma persona.

Gil me invitó á entrar en el comedor; me hizo seña de que esperara, y pasó á la habitación inmediata. Á los pocos instantes se presentó el capellán del cementerio, que me reconoció al primer golpe de vista, tendiéndome la mano con solicitud afectuosa, mano que yo estreché con cariño y besé con respeto.

Una densa nube de tristeza cubría el semblante del P. Antonio, sin que pudiera disiparla la sonrisa de bondad con que quería demostrarme la alegría que le causaba mi inesperada presencia.

—¿Qué ocurre?—le pregunté.

—¡Mal (me contestó), muy mal! Empiezo á perder toda esperanza.

—¿Tan enfermo se halla?—volví á preguntar.

—¡Oh! Sí (me dijo), muy enfermo.

—¡Y bien! (repliqué yo.) Si continúa en el estado de idiotismo en que quedó desde la muerte de Gabriel y Rosalía, ¿no será para él gran dicha dejar una vida tan miserable? No me parece que es un gran motivo de tristeza verlo acabar de morir, porque, en verdad, ¿acaso vive?

—¡Dios mío! (exclamó el P. Antonio): no es la muerte de su cuerpo la que me aflige; es la muerte de su alma. Tiene ojos, y no ve; tiene oídos, y no oye. Se niega á todo consuelo divino, á todo auxilio religioso.

—¿Qué dice?—pregunté yo.

—No dice nada.... No ha vuelto á hablar desde aquel día.

—¿Habrá enmudecido? ¿Se habrá paralizado su lengua?

—Eso sospechamos su hermana y yo; pero en tal caso intentaría hablar, y saldrían de su boca sonidos inarticulados, y si no, trataría de hacerse entender por señas. Es su voluntad la que ha enmudecido. El médico le pregunta, le insta, y él lo mira, frunce la boca con desprecio, y no le contesta.... Eso hace con todos.

—¡Es singular!—dije.

—¡Es terrible! (añadió el P. Antonio.) Va á morir impenitente, desesperado. Venga V. (añadió el

buen sacerdote). V. conoce toda la historia; pues bien: entre V., y veamos qué efecto le causa la presencia de una persona desconocida.

Seguí al P. Antonio, y entré en la habitación del enfermo, en aquel dormitorio en que por primera vez lo vimos.

Lo primero en que mis ojos se fijaron fué en la cabeza del comandante, cuyos largos cabellos, ásperos y enmarañados, flotaban sobre la almohada en confuso desorden, dando á su fisonomía un aspecto verdaderamente espantoso; la nariz afilada, los ojos hundidos en la profundidad de las cuencas, y la boca duramente fruncida, como si tuviera fuertemente apretados los dientes, marcaban sobre su rostro los rasgos terribles de la desesperación y de la muerte.

Á los pies de la cama, de pie, y con los brazos cruzados sobre el pecho, se veía una figura alta, enlutada y casi inmóvil, que volvió la cabeza y me miró sin asombro y sin sorpresa: la palidez de su semblante, hondamente demacrado, resaltaba vivamente bajo las ondas naturales de sus cabellos negros y sobre el fondo oscuro de sus vestidos enlutados. Como si viera en mí á una persona que no le era extraña, me saludó por medio de la sonrisa más dulce y más triste que he visto en mi vida, y fijó después sus grandes ojos negros en el P. Antonio.

No tuve que discurrir mucho para reconocer en ella á la viuda, á la madre de Rosalía, á la hermana del comandante, y contesté á su saludo con una inclinación de cabeza, sin atreverme á romper el silencio que reinaba en la estancia.

Mi posición no dejaba de ser embarazosa. Yo me veía allí representando el papel de un mero curioso, y en toda escena de dolor la curiosidad es la suprema impertinencia. No sabía cómo tomar una parte

activa en aquel cuadro, iluminado á la sazón por los reflejos cárdenos del sol poniente, cuya triste luz penetraba al través del balcón entreabierto; no sabía cómo ingerirme en aquella situación, cuya historia sabía con todos sus pormenores y circunstancias. Miré al P. Antonio por si podía arrancarle alguna palabra que rompiera el silencio mortal en que estábamos sumergidos; pero me contestó arqueando las cejas, para darme á entender su profundo desaliento. Entonces me acordé de que en algún tiempo había tenido yo cierta afición á la medicina, y no creyendo necesarios en aquel momento más títulos de suficiencia, me dirigí doctoralmente á la cama del enfermo, cogí su mano, y busqué en ella el pulso.

El enfermo fijó en mí sus ojos, que brillaban encendidos como dos ascuas en el fondo de sus órbitas. Eran dos ojos inmóviles, que relampagueaban como las brasas prontas á extinguirse sepultadas en la oscuridad de un horno.

Yo volví la cabeza, y me encontré con las atentas miradas de la viuda y del P. Antonio, que me dirigían una doble pregunta, cuya respuesta me era imposible darles, en razón á que por mucha que hubiese sido mi afición anterior á la ciencia médica, el caso que tenía delante se hallaba fuera completamente del alcance de mis conocimientos.

No me fué difícil advertir las irregularidades calenturientas del pulso del enfermo, la completa prostración de sus fuerzas y la probable proximidad de la muerte; es decir, lo que el más ignorante en la materia habría podido advertir; pero yo había tomado aquella determinación por hacer algo, y no me pareció conveniente confesar mi ignorancia. Sentí en el fondo de mi corazón ciertos remordimientos por haber adoptado el papel cómico que me hallaba representando

en una escena tan trágica, y contesté á la doble mirada de la viuda y del P. Antonio con un gesto doble también, pues quise expresar á la vez mi ignorancia y mi suficiencia.

Quería decirles: sé mucho, pero la ciencia no lo sabe todo.

Ó lo que es lo mismo: el enfermo está muy malo; pero.... ¡quién sabe!

Mi respuesta hizo bajar los ojos á la viuda y al P. Antonio con ese movimiento con que expresamos la resignación, nuestra sumisión sincera á los sabios secretos de la divina Providencia.

Se trataba de la salud del comandante, y en este punto ambos parecían conformes con lo que Dios dispusiera. La idea de la muerte no causaba en ellos ese terror que los demás mortales sentimos.

Permanecí junto á la cama del enfermo algunos instantes en una posición tan embarazosa como al principio, y aún más, porque mi papel de médico empezaba á ser bastante desairado.

En medio de mi perplejidad, buscaba un nuevo recurso para romper el hielo de aquel silencio y de aquella inmovilidad en que nos encontrábamos, y me ocurrió uno, que adopté en el acto, poniéndolo en planta de esta manera:

Me incliné sobre el enfermo, y le dije:

—Dios todo lo puede y la fe todo lo alcanza.

Al oír estas palabras, fijó de nuevo en mí sus ojos hundidos, que antes había apartado con desdeñosa indiferencia, y vi dibujarse en su semblante cadavérico una expresión indefinible, una especie de sonrisa diabólica, un sarcasmo horrible. Creí ver algo de Lucifer en la expresión espantosa de su rostro moribundo; pero no vacilé, y dando á su gesto una interpretación menos terrible, insistí diciendo:

—Ya sé yo que un hombre de corazón y de talento no ha de mirar la muerte con cobarde angustia: el que sabe que morir es volver para siempre á la patria de donde fuimos desterrados, muere con alegría. Sin duda alguna (añadí) nos espera en la eternidad un Juez severo é infalible, que nos ha de pedir estrecha cuenta de nuestra vida; pero tenemos en nuestro corazón una dádiva con que templar el rigor de su divina justicia: la dádiva de nuestro arrepentimiento.... ¡La eternidad (exclamé), sólo puede espantar á los malvados!

Con estas últimas palabras quise yo aplicar, si puedo decirlo así, una ventosa en el alma empedernida del comandante, y el efecto que obtuve fué una especie de rugido sordo que se exhaló de la caverna de su pecho, como si mi voz hubiera penetrado en su corazón. Abrí la boca para proseguir; pero el enfermo me dejó ver un gesto horrible de profundo desprecio, volviendo bruscamente la cabeza hacia el lado opuesto en que yo me hallaba. Insistí, no obstante; agoté todos los recursos de mi elocuencia; pronuncié palabras consoladoras y palabras terribles.... todo fué inútil. Llegué á creer que su alma estaba petrificada, y quedé completamente desalentado.

El P. Antonio, con los brazos cruzados y la cabeza caída sobre el pecho, parecía hondamente afligido, y la viuda, juntando las manos y levantando los ojos con la expresión de la súplica más fervorosa, exclamó en voz muy baja:

—¡Dios mío! ¡No hay esperanza!

—No hay esperanza,—añadí yo con verdadera tristeza.

El P. Antonio suspiró hondamente, y repitió con acento apagado:

—¡No hay esperanza!

## CAPÍTULO XXV.

### Dos lágrimas.

Así permanecimos algún tiempo, silenciosos é inmóviles como tres estatuas, delante de la cama del enfermo. No sé hasta cuándo se hubiera prolongado la situación penosa en que los tres nos hallábamos, si un incidente inesperado no hubiera venido á sacarnos de ella.

Este incidente fué la repentina presencia de César.

El perro entró con la precipitación del que huye, y, en efecto, huía de Gil, que parecía perseguirlo.

Alentrar, el perro gruñó sordamente, amenazando á su perseguidor con todas las sangrientas consecuencias de una defensa heroica.

Gil se detuvo en la puerta y se encogió de hombros, mientras César fué á depositar á los pies de la viuda un objeto que traía en la boca; y mirando á su ama fijamente, movía la cola con impaciencia.

Después alzó las manos, y la viuda acarició su cabeza, sin reparar en el objeto que había puesto á sus pies. César aulló dulcemente, y bajó las manos, sujetando de nuevo entre los dientes aquel objeto que al parecer excitaba su codicia.

Gil desde la puerta movía la cabeza, como diciendo: «¡Pícaro perro!»